



# Un sueño raro. Con una moraleja

*A curious dream. Containing a moral*

■ Mark Twain\*

■ Anteanoche tuve un sueño extraño. Parecía que me hallaba sentado en una escalinata (quizá en ninguna ciudad en especial) en estado crepuscular y debían ser, más o menos, las doce de la noche o la una de la madrugada. El tiempo era apacible y delicioso. En el entorno no se oía ningún ruido humano, ni siquiera unas pisadas. La ausencia de cualquier tipo de rumor hacía resaltar aquel silencio sepulcral, salvo el ocasional ladrido ronco de un perro en la lejanía y la respuesta todavía más lejana de otro perro. De repente, oí un chasquido como de huesos que procedía de la parte alta de la calle y que interpreté como el sonido de las castañuelas de alguna serenata nocturna. Sin embargo, un minuto después llegó hasta mí un esqueleto alto, cubierto con una caperuzas y medio tapado con una harapienta y mohosa mortaja cuyos jirones ondeaban sobre su costillar. A grandes zancadas se balanceó hacia mí y enseguida desapareció en la penumbra de la luz gris de las estrellas. Sobre el hombro llevaba un ataúd roto y comido por los gusanos, y en su mano llevaba un fardo de algo que no pude precisar. Entonces me di cuenta del porqué del castañeteo: estaba producido por el choque de los huesos de las articulaciones y el golpeteo de los codos con los costados al caminar.

Debo decir que estaba sorprendido y antes de que pudiera poner en orden mis ideas y especular sobre el significado de tal aparición, oí que otra se aproximaba porque reconocí su clac-clac. Llevaba sobre su hombro las dos terceras partes de un ataúd y unas tablas, que debían corresponder al cabecero y los pies, bajo el brazo. Estuve a punto de mirar para ver qué había bajo su capucha y hablarle, pero cuando se dio la vuelta hacia mí y me sonrió con sus cavernosas órbitas y una mueca burlona, pensé que lo mejor era no detenerle. No bien se hubo marchado cuando oí un nuevo claqueteo y vi que de la sombría media luz surgía un nuevo esqueleto. Caminaba doblado por el peso de una pesada lápida y con una cuerda arrastraba

---

\* Relato publicado en *Mark Twain Sketches New and Old* (1875). The American Publishing Company. Hartford, Connecticut (EEUU). Traducción de A. Pérez Gutiérrez.

tras él un ataúd destartalado. Cuando hubo llegado hasta mí se detuvo mirándome durante unos momentos y entonces, mientras se volvía y me daba la espalda, dijo:

—¿Querría ayudarme a descargar esto, compañero?

Le ayudé a bajar la lápida y apoyarla en el suelo, y observé que tenía grabado el nombre de «John Baxter, Copmanhurst», junto con la fecha de su muerte «Mayo, 1839». Agotado, el esqueleto se sentó junto a mí y se secó el hueso frontal, probablemente más como una vieja costumbre, pensé, porque no pude ver que tuviera ni una gota de sudor.

—¡Qué lástima!, ¡qué lástima!, —dijo mientras se envolvía con los restos de su mortaja y apoyaba pensativamente la mandíbula sobre su mano. Entonces puso el pie izquierdo sobre su rodilla y, con un clavo oxidado que sacó de su ataúd, empezó a rascarse el astrágalo de manera distraída.

—¿Qué es lo que es una lástima?, amigo.

—¡Oh! Todo, todo. Casi no desearía haber muerto nunca.

—Me sorprende. ¿Por qué dice usted eso? ¿Algo va mal? ¿Qué le ocurre?

—¡Que qué me ocurre! Mire este harapiento sudario. Vea esta lápida, totalmente destrozada. Mire este viejo y vergonzoso ataúd. Todo lo que un hombre posee va a la ruina y la destrucción ante sus ojos, ¿y usted le pregunta que qué va mal? ¡Rayos y truenos!

—Sosiéguese, sosiéguese, —le dije. Ciertamente es una lástima, pero no habría podido suponer que, en su situación, le importaran esos detalles.

—Pues bien, mi querido amigo, sí me preocupan. Estoy herido en mi orgullo y mi comodidad impedida, destruida, podría decir. Le describiré mi caso. Si me lo permite, se lo contaré de manera que usted pueda entenderlo, —dijo el esqueleto echándose el capuchón hacia atrás como si eliminara impedimentos para entrar en acción y así, inconscientemente, adoptando un aire solemne y festivo que contrastaba con la grave condición de, la que pudiéramos decir, su situación en la vida y su calamitoso humor.

—Adelante, —dije.

—Habitó en el viejo y vergonzoso cementerio que se halla en esta calle, una o dos manzanas más arriba de donde está usted. ¡Vaya, precisamente ahora; ya me parecía que este cartílago no me iba a durar mucho! Es la tercera costilla por abajo; por favor, amigo, ate con un cordel su extremo a mi columna, en el caso de que usted lleve encima algo así; lo más conveniente sería un alambre de plata, es lo más duradero y adecuado si uno lo conserva pulido. ¡Pensar que uno se va desmoronando pieza a pieza por el camino, precisamente por la indiferencia y abandono de sus descendientes! —Y el pobre espectro rechinó los dientes de una manera que, por el violento efecto incrementado por la falta de carne y epitelio, me sobresaltó y me produjo escalofríos.

—Resido en aquel viejo cementerio hace ya treinta años y puedo decirle que las cosas han cambiado desde el momento en que allí empecé a llevar este cansado esqueleto; cuando me di la vuelta y me estiré preparándome para un largo sueño,

con una deliciosa sensación de que para mí se habían acabado eternamente tanto las preocupaciones como las aflicciones, la ansiedad, la duda y el miedo, y escuchaba con una confortable y progresiva satisfacción el trabajo del sepulturero; desde el sorprendente golpeteo de su primera palada sobre mi ataúd hasta que las últimas se apagaron, y el tenue rumor producido con la construcción del tejado de mi nuevo hogar. ¡Delicioso! ¡Fantástico! Desearía que usted pudiera experimentarlo esta noche. —Y el muerto me sacó de mi ensoñación con una sonora palmada en mi espalda con su huesuda mano.

—Sí señor; me acosté allí hace treinta años y fui feliz. Por entonces estábamos en medio del campo entre viejos, floridos y aromáticos bosques; los pesados vientos murmuraban entre las hojas, las ardillas correteaban sobre y alrededor de nosotros; nos visitaban reptiles pequeños y los pájaros llenaban con música nuestra tranquila soledad. ¡Ah, a un hombre le merecía la pena dar diez años de vida para estar muerto entonces! Todo era placentero. Estaba en un buen vecindario, ya que todos los muertos que vivían cerca de mí pertenecían a las mejores familias de la ciudad. Nuestros descendientes parecían pensar en nuestro mundo. Conservaban nuestras tumbas en las mejores condiciones; las vallas siempre se reparaban y estaban impecables; las cabeceras de los sepulcros se mantenían pintadas o encaladas y eran sustituidas por otras nuevas tan pronto como empezaban a enmohecerse o estropearse; los monumentos se mantenían erguidos, las verjas intactas y brillantes, las matas de rosas y los arbustos bien recortados y sin defectos; los paseos limpios, lisos y cubiertos de arena.

—Pero, pasaron aquellos días. Nuestros descendientes se han olvidado de nosotros. Mi nieto vive en una majestuosa casa construida con el dinero que hicieron estas viejas manos mías, y yo duermo en una tumba olvidada, invadida por bichos que arrancan fragmentos de mi sudario para, por si fuera poco, construir sus nidos! Yo y algunos amigos que reposan conmigo hemos fundado y asegurado la prosperidad de esta hermosa ciudad y los pomposos retoños de nuestros amores nos dejan pudrir en un ruinoso cementerio del que reniegan los vecinos y los extraños desprecian. Observe por un momento la diferencia entre aquellos y estos tiempos: nuestras tumbas están hundidas; nuestros cabeceros se han ido pudriendo y derrumbando; las vallas, medio desprendidas del suelo, se tambalean con una indecorosa frivolidad; los mausoleos se ladean cansados y nuestras lápidas se inclinan desalentadas; allí ya no hay adornos —ni rosas, ni arbustos, ni paseos cubiertos de arena, ni nada que sea grato para la vista—, e incluso la despintada empalizada vieja, que antaño se pavoneaba de guardarnos de la compañía de animales y la profanación por pies distraídos, se tambalea hasta casi colgar sobre la calle y sólo sirve para advertir de la presencia de nuestra triste morada, invitando aún más a la burla. Y ahora no podemos esconder nuestra pobreza y nuestros harapos en los benévolos bosques, ya que la ciudad ha estirado sus brazos hasta la lejanía, atrapándonos entre ellos; y todo lo que queda de la alegría de nuestro viejo hogar es un racimo de lúgubres árboles que aún perduran, aburridos y tristes por la vida en la ciudad, con sus



Ilustración de ©Paz Rodero.

raíces sobre nuestros ataúdes, contemplando la brumosa lejanía y anhelando estar allí. ¡Le digo que es una vergüenza!

Usted está empezando a entender; comienza a ver de qué se trata. Mientras nuestros vástagos viven suntuosamente de nuestro dinero en la ciudad que nos rodea, nosotros debemos luchar duro para mantener juntos cráneos y huesos. Observe que en nuestro cementerio no hay una sola tumba que no tenga goteras. Siempre que llueve por la noche tenemos que levantarnos y subirnos a los árboles; y a veces nos despertamos de golpe por el agua helada goteando sobre nuestras nucas. ¡Puedo decirle que entonces se produce un levantamiento general de lápidas viejas, el pisoteado de los monumentos y la huida precipitada de viejos esqueletos hacia los árboles! ¡Créame, si usted hubiera ido allí algunas noches después de las doce, podría haber visto al menos a quince de nosotros posados sobre un pie, con nuestras articulaciones tableteando lúgubrementemente y con el viento silbando al pasar entre nuestras costillas! Muchas veces hemos permanecido así durante tres o cuatro tristes horas para descender entonces a nuestra morada, entumecidos, ateridos y somnolientos; hemos tenido que prestarnos los cráneos para sacar el agua de nuestras tumbas. Si quiere echar un vistazo a mi boca mientras echo la cabeza hacia atrás podrá ver que mi cráneo está medio lleno de sedimento casi seco.

¡Cuán abatido y estúpido me siento en ocasiones! Sí, señor; si usted acertara a pasear por allí antes del amanecer, más de una vez nos hubiera hallado achicando agua de nuestras tumbas y poniendo a secar nuestros sudarios. Yo tenía uno bien elegante que me robaron de allí una mañana. Pienso que se lo apropió un sujeto llamado Smith, que habita en un cementerio popular próximo. Lo creo porque la primera vez que le vi sólo llevaba puesta una camisa de cuadros y la última —en una reunión social en el cementerio nuevo— era el cadáver mejor vestido de la comunidad. Y, además, es significativo que se marchó cuando me vio y que a una anciana le desapareció el ataúd poco después, cuando solía llevarlo consigo siempre que salía a cualquier parte —ya que era proclive a los resfriados y a los espasmos reumáticos que le hubieran causado la muerte si se expusiera demasiado al aire de la noche—. Se llamaba Hotchkiss, Ana Matilda Hotchkiss. Podría conocerla ahora. Le quedan dos dientes de arriba; es alta, pero con tendencia a encorvarse; le falta una costilla del lado izquierdo; posee un colgajo de pelo rojizo que le cae a la izquierda de la cabeza y dos rizos, uno pequeño justo encima, y otro por delante de la oreja derecha; tiene la mandíbula sujeta en un lado con un alambre, ya que se le había soltado mientras trabajaba, y le falta un hueso pequeño del antebrazo izquierdo —lo perdió en una pelea—; posee un andar arrogante y una forma de caminar como un gallo, con los brazos en jarras y las ventanas de la nariz levantadas al viento; debió ser bella, libre y sociable, pero está tan deteriorada que parece un cesto de mimbre en ruinas. ¿Quiere que se la presente?

—¡No lo permita Dios! —exclamé a bote pronto, desprevenido ante la pregunta. Pero en cierta medida remedié mi grosería diciendo: —Sólo quiero decir que no he tenido el honor. No quisiera hablar de manera descortés de una amiga suya. Decía

usted que le habían robado y, también, que era una vergüenza, pero por lo que le queda de sudario, en su momento debió ser magnífico. ¿Cómo...?

En los ruinosos rasgos y marchitos tegumentos del rostro de mi conocido apareció una expresión horrible y empecé a estar cada vez más incómodo y temeroso, pero me dijo que sólo pretendía dedicarme una sonrisa astuta y un guiño de disimulo para que reparara en que, cuando él adquiría su vestimenta actual otro fantasma de un cementerio próximo perdía la suya. Esto me tranquilizó y le rogué que en adelante se limitara a hablar, ya que su expresión facial me perturbaba. Que, incluso, aun con el mayor cuidado podía confundirme. En especial, debía evitar sonreír y considerar honestamente que lo que para él podía ser un éxito brillante, probablemente a mí me incomodara. Le dije que me gustaba ver un esqueleto alegre, incluso decorosamente travieso, pero que pensaba que una sonrisa no era lo más adecuado para un esqueleto.

—Sí, amigo, —dijo el pobre esqueleto. —Los hechos son tal como se los he contado. Dos de esos viejos camposantos, uno en el que habito y otro un poco más lejano, han sido descuidados hasta hoy a sabiendas por nuestros descendientes, hasta el extremo de que ya no pueden ser ocupados más tiempo. Independientemente de la incomodidad osteológica, y que no es asunto menor en este tiempo lluvioso, la situación actual de las cosas es ruinosa para nuestros bienes. Hemos tenido que trasladarnos o conformarnos con ver nuestros efectos personales arruinados y completamente destruidos.

—Le costará creerlo y, sin embargo, es verdad; pero entre todos los de mis conocidos no queda un solo ataúd en buen estado. Y no me refiero a gentes de bajo nivel que llegan en una caja de pino en una carreta-exprés; sino a ataúdes de lujo chapados en plata, auténticos monumentos que viajan bajo plumas negras a la cabecera de una procesión y que han elegido su parcela en el cementerio, quiero decir, gente como los Jarvis, los Bledso o los Burling, y otros. Todos están casi en la ruina. Eran los más ricos de nuestro grupo. Y ahora, mírelos: absolutamente gastados y golpeados por la pobreza. De hecho, uno de los Bledso cambió su mausoleo a un difunto tabernero por algunas virtudes tiernas para poner bajo su cabeza. Se lo digo por ser muy significativo, ya que no hay nada que un cadáver aprecie tanto como su mausoleo. Le gusta leer el epitafio, ya que con el tiempo acaba por creerse lo que dice de él y entonces usted puede verlo sentado en la valla noche tras noche, saboreándolo. Los epitafios son baratos y con un mínimo dispendio hacen un inmenso bien al muerto, en especial si no tuvo suerte en la vida. Desearía que se utilizaran más. No es que yo me queje, pero, de manera confidencial, me pareció un poco mezquino que mis descendientes sólo me pusieran esta vieja losa como lápida, y más aún el cumplido inscrito en ella: «TUVO LA RECOMPENSA QUE MERECEÍA».

La primera vez que lo vi me sentí orgulloso; pero con el paso del tiempo observé que cada vez que venía un viejo amigo y con cara triste metía la barbilla entre las rejas, tras leer lo que ponía allí sonreía para sí y se marchaba con gesto relajado y satisfecho. Así que, para quitarme de encima a esos necios, borré el epitafio. Pero

un hombre muerto siempre pone un punto de orgullo en su mausoleo. Allá van media docena de los Jarvis cargando con el mausoleo de la familia, y los Smithers pasaron hace un rato con el suyo con la ayuda de algunos espectros contratados al efecto. ¡Hola, Higgins!, ¡adiós, viejo amigo! Es Meredith Higgins, muerto en el 44; pertenece a nuestro círculo en el cementerio —una vieja y excelente familia—; su tatarabuela era india y tengo con él una estrecha relación; si no me ha contestado es porque no me habrá oído. Y lo siento, porque me hubiera gustado presentárselo. Se quedaría usted sorprendido. Es el esqueleto más viejo, descoyuntado, inestable y ruinoso que usted haya podido ver nunca; pero, a la vez, el más bromista. Cuando se ríe parece que se raspara una piedra con otra y siempre comienza su risa con un alarido que recuerda el roce de una uña sobre el cristal.

—¡Hola, Jones! Es el viejo Columbus Jones —su sudario costó cuatrocientos dólares y su ajuar, incluido el mausoleo, dos mil setecientos—. Fue en la primavera del veintiséis y entonces significó un dispendio enorme. Para verlo vinieron muertos de todas partes, hasta desde los montes Allegheny; mi vecino de tumba se acuerda muy bien. ¿Ve usted ahora aquél que lleva un trozo de lápida bajo el brazo; al que le faltan los huesos por debajo de la rodilla y que parece un desharrapado? Es Barstow Dalhousie, quien, tras Columbus Jones, fue el más espléndidamente equipado que entró en nuestro cementerio. Todos lo estamos abandonando. No podemos tolerar el trato que recibimos por parte de nuestros descendientes. Inauguran nuevos cementerios, pero a nosotros nos abandonan en la ignominia; adecentan las calles, pero no arreglan nada que nos afecte o corresponda. Mire mi ataúd. Debo decirle que en su día fue algo que hubiera llamado la atención en cualquier salón de esta ciudad. Si lo quiere, se lo regalo. No puedo permitirme su reparación. Póngale un fondo nuevo, renueve parte de la tapa y un nuevo listón lateral en el lado izquierdo y lo encontrará tan confortable como cualquier otro que usted haya probado. No me dé las gracias; ni las mencione. Usted ha sido amable conmigo y le daría todo lo que poseo antes de que piense que soy un ingrato. Mire este sudario; es el más bonito en su estilo; podría gustarle. ¿No? Como diga, amigo, pero me gusta ser cortés y generoso. Nada tiene valor para mí.

Adiós, amigo. Debo irme. Quizá tenga que recorrer un largo camino esta noche; aún no lo sé. Lo que sí sé con certeza es que ahora estoy en la cola de los que emigran y que nunca volveré a dormir otra vez en este viejo y ruinoso cementerio. Caminaré hasta que encuentre un alojamiento respetable, aunque tenga que andar hasta Nueva Jersey. Todos los compañeros se están yendo. La noche pasada, en cónclave público decidimos emigrar y cuando empiece a salir el sol no debe quedar ni uno de nuestros huesos en las viejas moradas. Esos cementerios pueden venir bien a mis amigos que aún viven, pero no deben albergar los restos que tienen el honor de hacer estas observaciones. Mi opinión es la opinión general. Si lo duda, vaya y vea cómo los espectros dejan las cosas antes de partir. En sus manifestaciones de disgusto casi llegaron al alboroto. ¡Hola, aquí están algunos de los Bledso! Si usted quisiera ayudarme a levantar esta lápida, me iría en su compañía. Una importante

y vieja familia, los Bledso. Unos cincuenta años atrás, cuando yo paseaba por estas calles a la luz del día, ellos salían en un coche de seis caballos y con cosas de ese estilo. Adiós amigo.

Y con su lápida al hombro se unió a la macabra procesión arrastrando tras él su deteriorado ataúd, porque, a pesar de su insistencia tan sincera, rechacé con firmeza su hospitalidad. Calculo que al menos durante dos horas aquellos tristes desdichados, cargados con sus tristes posesiones, estuvieron pasando con su castañeteo y durante ese tiempo permanecí compadeciéndolos. Entre ellos, uno o dos de los más jóvenes y menos deteriorados preguntaban por el horario de los trenes de medianoche, pero los demás parecían desconocer tal forma de viajar y sólo preguntaban por los caminos que conducían a algunas ciudades, algunas de las cuales ya no están en los mapas, otras han desaparecido de la tierra al menos hace treinta años, y algunas ni siquiera figuraron nunca, salvo en los mapas de las agencias inmobiliarias. Y también preguntaban por el estado en que se encontraban los cementerios de tales ciudades, así como cuál era la reputación de sus ciudadanos en cuanto a su respeto por los muertos.

Todo ello me interesó profundamente y además despertó mi afecto por aquellos seres sin hogar. Y, como todo parecía real y aún no sabía que se trataba de un sueño, mencioné a uno de tales errantes amortajados que me había venido a la cabeza la idea de publicar un relato sobre este curioso y melancólico éxodo; pero diciéndole también que temía no describirlo con absoluta fidelidad, tal como pasó, y que desearía que no pareciera que bromeo sobre un asunto tan serio, o que faltó al respeto a la muerte, lo que podría ofender y molestar a sus amigos vivos. Pero, aquel amable y ceremonioso despojo de un antiguo ciudadano, se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—No se preocupe por ello. Una comunidad que permite que haya cementerios como éste del que emigramos, también puede asumir lo que se diga sobre los muertos olvidados y abandonados que reposan en ellos.

En aquel instante cantó un gallo y la extraña procesión se desvaneció sin dejar tras de sí ni un harapo ni un hueso. Me desperté y me encontré tumbado con la cabeza colgando fuera de la cama, una posición que favorece los sueños fantásticos y con moraleja, pero carentes de poesía.



NOTA.- El lector puede estar seguro de que los cementerios de su ciudad se mantienen en buenas condiciones y que este sueño no tiene nada que ver con ella; pero sí, particular y venenosamente, con los de la ciudad vecina.